

Ricardo Villanueva Lira: *Marxism and the origins of International Relations: a hidden history*. Palgrave. Londres. 2022, 175 pp.

David J. Sarquís¹

El proceso de reconstrucción de los orígenes de la disciplina de Relaciones Internacionales iniciado por un grupo de autores conocidos como ‘revisionistas’ (entre ellos: David Long, Peter Wilson, Lucian Ashworth, Brian Schmidt) a fines del siglo pasado ha arrojado interesantes y fructíferos resultados.

Todos ellos ponen en tela de juicio lo que han dado en llamar, ‘la narrativa tradicional’ que ubica el nacimiento de nuestra disciplina al término de la Primera Guerra Mundial, con la instauración de la Cátedra Woodrow Wilson de Política Internacional en la Universidad de Aberystwyth, en el país de Gales del Reino Unido de la Gran Bretaña en 1919, gracias al generoso apoyo del Primer Barón David Davis y sus hermanas y cuestionan, sobre todo, la idea de la evolución disciplinaria de RI contada a través de sucesivos ‘debates’ que confrontan visiones contrastantes sobre lo que ocurre en el escenario internacional. Todos ellos han sido también particularmente críticos, especialmente del supuesto primer debate, entre los llamados idealistas y los realistas, con el que todavía hoy en día inician muchos cursos de teoría de las Relaciones Internacionales en diversas partes del mundo, pero que ellos perciben más como una ficción distorsionada, que como una real disputa académica sobre la mejor manera de interpretar lo que ocurre en el escenario internacional.

Su trabajo ha puesto claramente de manifiesto, no sólo el carácter convencional de la fecha propuesta para el nacimiento de la disciplina, sino sobre todo, el matiz simplificador y superficial de esa narrativa tradicional que ha encontrado útil y cómodo adjudicar el nacimiento de la disciplina a los estragos ocasionados por la Gran Guerra y a los esfuerzos de reconstrucción del maltrecho escenario internacional, sobre la base de un andamiaje jurídico un poco más sólido, para fomentar la cooperación internacional, lo cual ciertamente contribuye a dignificar el carácter de la disciplina, a pesar de su imprecisión.

El esfuerzo de los revisionistas confirma la idea de que nuestras percepciones de las cosas que analizamos son directamente proporcionales a la distancia desde la cual observamos un objeto de estudio e inversamente proporcionales al tiempo que dedicamos a su observación; esto es, que un objeto visto de lejos y durante poco tiempo generalmente se nos presenta como una imagen medianamente homogénea y pareja, aunque un tanto borrosa, mientras que si nos acercamos y observamos con mayor detenimiento, las cosas se nos van aclarando y resaltan con mayor nitidez las características distintivas

¹ Doctor en Relaciones Internacionales por la UNAM y en Historia por la UAM. Profesor Investigador del Instituto de Estudios Internacionales *Isidro Fabela*, Universidad del Mar, campus Huatulco. Especialista en Historia y Teoría de Relaciones Internacionales.

y diferenciadoras de lo que estamos observando. La cosa es que esto último requiere de una mayor inversión de tiempo, mismo que los instructores en teoría de RI generalmente no tienen en abundancia, ya que el material de análisis es demasiado voluminoso en cada semestre que se dedica al estudio de la teoría.

Lo que es claro es que a pesar de la distorsión de la narrativa tradicional, su versión simplificadora y superficial de los acontecimientos resulta muy conveniente y convincente, porque facilita el proceso de enseñanza-aprendizaje –sin importar la distorsión, mediante un discurso lógico y aparentemente coherente que dignifica el origen de la disciplina, aunque no corresponda puntualmente con los hechos. Se presta, pues, para contar una historia que tiene sentido y que es fácil de digerir y de memorizar, sobre todo si se omiten los nombres de los supuestos idealistas, se deja de lado el análisis a profundidad de sus obras y se presentan ‘en paquete’ con una etiqueta falsamente homogeneizante.

Ricardo Villanueva se une a la labor de los revisionistas con este atractivo título de reciente publicación, el cual parece prometer una inmersión profunda en el pensamiento de Marx, normalmente despreciado por la narrativa tradicional, sobre el análisis teórico de las relaciones internacionales, en busca de elementos que ayuden a esclarecer los orígenes de nuestra disciplina y sus fuentes de inspiración con mayor precisión. Es una tarea desafiante, pues la teoría marxista no ha tenido una influencia claramente visible en la narrativa occidental tradicional de Relaciones Internacionales, ni los marxistas buscaron realmente ocuparse de las relaciones internacionales desde una perspectiva disciplinaria propia, además de que su perspectiva de análisis está marcada por la contienda entre capitalismo y comunismo, incluso desde mucho antes del inicio formal de la Guerra Fría (Maclean, 1988: 295; Burchill 2007: 64; Teschke: 2008: 163).

La mayoría de los internacionalistas coinciden, de hecho, en señalar que Marx no escribió específicamente sobre relaciones internacionales. Esta cuestión tampoco es del todo precisa y tiene que matizarse. Quizá pueda decirse que Marx no escribió específicamente sobre Relaciones Internacionales (la disciplina) como tal, porque evidentemente aun no existía, ni él la contemplaba como un proyecto deseable para entender la dinámica de los acontecimientos mundiales. No obstante, siempre estuvo muy atento al devenir de los sucesos internacionales (el objeto material de la disciplina) y los comentó en varios de sus trabajos, (obviamente, desde su propia perspectiva histórico-materialista y dialéctica) especialmente sus artículos periodísticos, de los cuales existe evidencia contundente que manifiesta sus opiniones, por ejemplo, sobre la guerra de México con Estados Unidos, la guerra civil de Estados Unidos y la intervención francesa en nuestro país, o de la revuelta de los cipayos contra el Imperio británico en la India a finales de la década de los cincuenta del siglo XIX, de modo tal que aunque Marx no haya escrito puntual y explícitamente sobre Relaciones Internacionales, como indican Kubálková y Cruikshank (2016: 13) sería

injusto decir que no tuvo nada que decir al respecto, ya que el grueso de su obra tiene un perfil inherentemente internacional claramente perceptible.

Sus artículos para el *New York Daily Tribune* entre 1853 y 1860 evidencia sus percepciones sobre China y el impacto en esa sociedad “semi-bárbara” del contacto con los europeos en general y los británicos en lo particular. A pesar de la brutalidad del encuentro, Marx se manifiesta convencido de que, a final de cuentas sería benéfico para los chinos, toda vez que los acercaría a “la civilización”. Los precios bajos de las mercancías inglesas y su calidad serían la poderosa artillería que derribaría la obstinada reticencia de los bárbaros y, a pesar de su obstinado odio de los extranjeros, los obligaría a capitular en favor del modo de producción capitalista (Wittfogel, 1962: 2).

Si bien es cierto que Marx no desarrolló esos escritos con una intención teórica, los mismos revelan inevitablemente una postura teórica, la cual, desde su perspectiva crítica la brutalidad del imperialismo, pero al mismo tiempo la justifica y se muestra convencida de la necesidad de la expansión del capitalismo hasta sus últimas consecuencias, a fin de que éste pudiera mostrar fielmente todas sus contradicciones, para finalmente ser derrotado y sustituido por un nuevo modo de producción. Nos dice Roberto Mesa al respecto:

Sería totalmente equivoco afirmar que Marx elaboró una teoría de las Relaciones Internacionales en el sentido completo, académico, con que hoy día damos contenido a la denominación. Pero igualmente equivoco, dada la ausencia de clasificación formalista, sería desconocer o silenciar la importancia que en el pensamiento de Marx tuvo la preocupación por la política internacional de su época y las relaciones de poder desarrolladas en su seno (Mesa, 1980: 152).

El problema es que al no haber escrito puntualmente para Relaciones Internacionales sobre las relaciones internacionales, es decir, al no abordar desde la disciplina su objeto material, sus textos dejan un muy amplio margen para la interpretación, cuestión que puede verse prácticamente desde el arranque de la segunda generación de marxistas; Lenin y Kautsky, por ejemplo, no coinciden en algunas de las ideas que podrían considerarse fundamentales para Marx (Kubálková y Cruikshank, 2016: 14) y lo mismo ocurre con Trotsky y Stalin.

El trabajo de Villanueva cumple cabalmente con el cometido inspiracional del movimiento revisionista y demuestra fehacientemente la superficialidad con la que la narrativa tradicional etiqueta a los denominados ‘idealistas’ del mal llamado ‘primer debate’, mediante una exhaustiva exposición de su contexto, sus fuentes de inspiración y su obra. Coincido con lo de ‘mal llamado’, pues el revisionismo en general y Villanueva en lo particular nos proporcionan evidencia contundente de antecedentes sólidos que fueron configurando la aparición de un esfuerzo disciplinario en nuestra área, desde fines del siglo XIX, con obras y publicaciones que polemizaron sobre temas candentes de las relaciones

internacionales, como el imperialismo, causado por la expansión del capitalismo, las crisis económicas recurrentes, las cuestiones relativas al desarrollo y a las razas “inferiores” y la guerra, alertando sobre la necesidad de un estudio sistemático de la realidad internacional, con el propósito de mejorar las condiciones de vida de los seres humanos en general.

El trabajo de Villanueva nos muestra también que los perfiles intelectuales de los autores que eligió para el desarrollo de su obra: John Hobson, Henry Brailsford, Leonard Woolf, Harold Laski y Norman Angell, son difíciles de etiquetar bajo un solo rubro, aunque en todo caso corresponden más a un izquierdismo comprometido con la transformación de la sociedad internacional (aunque no necesariamente en la dirección sugerida por el pensamiento marxista) que a idealistas utópicos o ingenuos, convencidos de que el camino de la legalidad jurídica podría traer equilibrio a un mundo hasta entonces condicionado por una incontenible lucha de poder.

Villanueva hace un análisis detallado de la obra de cada uno de estos autores y muestra, de manera convincente, que la etiqueta de “idealistas” no hace justicia a la diversidad y profundidad real de su pensamiento. Cada uno de ellos, como muestra el autor, es un intelectual conocedor y comprometido con los problemas internacionales más presionantes de su época, todos ellos, en menor o mayor grado, con una visión tendiente hacia el lado izquierdo del espectro político, críticos agudos del modelo capitalista del desarrollo y de la política internacional imperialista fomentada por las necesidades del capital.

Dice mi amigo y colega, Alberto Lozano que el título en cualquier obra es una promesa de contenido que genera expectativas que nos invitan a leerla. En ese sentido el título de esa obra es ciertamente sugerente y prometedor. Mi primera impresión, solo a partir del título, fue que su autor había hecho una inmersión profunda en la obra de Marx para rescatar las ideas que, respecto de *lo internacional* tendría este notable pensador alemán, tan difícil de etiquetar dentro del ámbito de las ciencias sociales, tan prolífico y agudo en sus análisis sobre el desarrollo del capitalismo y sus consecuencias sociales. No obstante, el propio Villanueva señala desde su introducción que su intención es más bien buscar hasta qué punto hay influencia del marxismo entre los ingleses que él eligió revisar en su carácter de pioneros en el ámbito del desarrollo disciplinario de RI.

El trabajo de Villanueva está mucho más orientado a demostrar (exitosamente, por lo demás) que los autores elegidos para su investigación, como ya he señalado, no son idealistas ingenuos, promotores de un orden jurídico internacional para responder a las causas de la guerra y fomentar el tipo de condiciones que garanticen la paz, sino observadores acuciosos de la escena internacional, conocedores a fondo de la problemática internacional de su época y promotores de soluciones prácticas que incluyen –pero no se limitan a– el fortalecimiento de un orden legal internacional. Sus obras, realmente poco conocidas en el ámbito de la narrativa tradicional, comentadas en detalle por Villanueva, representan

una importante contribución para el desarrollo de nuestra disciplina, no obstante, el propio autor reconoce que muy difícilmente se les podría llamar marxistas en el mismo sentido que a Lenin, Trotsky, Luxemburgo, Gramsci, etc. y, efectivamente constituye un reto enorme indagar hasta qué punto estuvieron realmente influidos por el pensamiento de Karl Marx y en qué sentido. Ese reto se magnifica aún más si pensamos que durante más de dos décadas después de su muerte, Marx se convirtió en hombre del pasado del que no valía ocuparse y, aunque durante ese mismo periodo los partidos obreros fundados en su nombre llegaron a captar entre el 15 y el 47 del electorado en países democráticos (excepto en Gran Bretaña) después de la lucha contra el fascismo la mayoría se distanciaron del pensamiento marxista (Hobsbawm, 2010:14-15).

Como muchos otros pensadores de finales del siglo XIX y principios del XX, todos los autores elegidos por Villanueva comparten inquietudes generadas por el desarrollo general del capitalismo. De este modo, todos ellos muestran una palpable consternación por los infortunios de la clase trabajadora que inspira el desarrollo del socialismo decimonónico, pero que no es una mera vertiente del pensamiento marxista. Hay de hecho, desde la época de la revolución francesa, múltiples corrientes de pensamiento preocupadas por la suerte de los obreros y difícilmente podrían agruparse bajo una sola etiqueta, pero no hay muchas que compartan a fondo los supuestos ontológicos, epistemológicos y metodológicos del pensamiento marxista, incuestionablemente original, aun siendo una síntesis de ideas tomadas de la economía política inglesa, el socialismo francés y la filosofía alemana, como nos sugiere la atenta lectura que hicieron Aron (2010) y Hobsbawm (2010:44) de sus obras. También les inquietan los estragos del imperialismo expansivo que atropella a muchas otras culturas en nombre del progreso, pero no vislumbran para resolverlas ninguna medida radical del estilo sugerido por Marx, como se expresa con mayor detalle en el capítulo cuatro de la obra, que es el que más a fondo explora las áreas de la influencia del marxismo entre los pioneros de nuestra disciplina.

Por otra parte, es claro que todos ellos, en menor o mayor grado, tienen simpatía por el socialismo, como señala Villanueva, sin embargo, también es oportuno recordar que Marx nunca se definió a sí mismo como socialista, ni tampoco consideró al socialismo como un modo de producción propiamente dicho. En el mejor de los casos, solo como una fase de transición hacia el comunismo del proletariado. La mayoría de los socialistas, por su parte, no pensaban en eliminar el capitalismo, sino en humanizarlo, como reconoce el propio Villanueva. Ciertamente Marx toma clara distancia, junto con Engels, de los socialistas desde 1848, año en que publican *El Manifiesto Comunista* en el que incluso distinguen varios tipos de socialismo (Marx y Engels, 2007 [1848]: 35 y ss). Desde este punto de vista, todavía hay una brecha amplia entre la obra de Marx y el origen de las Relaciones Internacionales, siempre difícil de compaginar, dadas las diferentes intenciones

de cada desarrollo teórico generado por el trabajo de Marx.

Si el marxismo tiene en efecto, una vena inherentemente internacionalista, la pregunta que en primera instancia me sugirió el título del trabajo de Villanueva, fue: ¿por qué es que el marxismo no es considerado como propuesta teórica para el estudio de las relaciones internacionales por la narrativa tradicional en los orígenes de la disciplina y hasta qué punto es que el pensamiento marxista puede verse reflejado en la obra de los pensadores británicos elegidos para esta obra? Aunque el autor explica que su intención es un tanto diferente en cuanto al objetivo de la obra, estas interrogantes mantienen su vigencia en el desarrollo de la misma, es decir, Villanueva se plantea a sí mismo indagar la influencia de Marx entre los pioneros de la disciplina cuyo trabajo analiza.

Aun cuando no se exploran a fondo en la obra, hay varias razones que explican por qué el marxismo no es considerado como una propuesta teórica viable por los pioneros de Relaciones Internacionales según la narrativa tradicional, dos de las cuales destacan de manera especial como veremos en seguida; volveremos más adelante a la cuestión del grado de influencia del marxismo entre los autores elegidos por Villanueva.

En primer término podemos señalar que, conforme se va desarrollando en su perspectiva disciplinaria, el estudio de la realidad internacional, en la narrativa tradicional, parte del supuesto de una sociedad de Estados, configurados como entidades autónomas, con sentido propio en sí mismas, en donde existe una clara diferencia entre el ámbito de lo doméstico, controlado por una autoridad estatal, y el exterior, caracterizado por una lucha permanentemente entre Estados (debido a la ausencia de una autoridad común) en defensa de sus respectivos intereses nacionales. En otras palabras, en sus inicios, Relaciones Internacionales, según la narrativa tradicional, centra su atención principalmente en la política internacional. Una de las ventajas que nos ofrece la obra de Villanueva es poner de manifiesto que los autores que revisa tienen una clara visión de la importancia de la economía para las Relaciones Internacionales; como los marxistas de su época, especialmente Lenin y Trotsky, ellos también exploran a fondo la problemática del imperialismo como consecuencia del desarrollo del capital y causa, por lo menos indirecta, de la guerra, tema que el propio Marx no trabajó a fondo, pero que puede inferirse a partir de sus escritos.

Marx está consciente de la existencia de grupos políticamente autónomos que buscan defender un territorio propio o expandir su influencia por el exterior, pero, a diferencia de los autores analizados por Villanueva, desde su punto de vista (el de Marx) el proceso expansivo del capital ya estaba resquebrajando los cimientos de la sociedad internacional de Estados desde mediados del siglo XIX. Hasta antes de 1848, Marx todavía contemplaba la dinámica internacional impulsada por la acción interestatal y consideraba que la transformación social llegaría como resultado de los antagonismos entre potencias en defensa de sus propios intereses; de este modo, una revolución burguesa exitosa en

Alemania, por ejemplo, significaría el fin de la Santa Alianza e inclinaría la balanza del poder hacia los países progresistas de Occidente, lo que produciría la división de Europa en un ámbito de potencias revolucionarias frente al de las potencias reaccionarias (Teschke, 2008: 165) todavía vistas desde una perspectiva preferentemente inter-estatal, pero ya más claramente influidas por un efervescente internacionalismo proletario.

En tal escenario, la esperanza del cambio generalizado vendría de la concientización de las clases obreras, primero en un ámbito doméstico, para que de ahí pudiera proyectarse hacia el terreno internacional, donde la expansión del capital contribuiría a desdibujar las identidades nacionales en favor de la conciencia de clase obrera.

Por lo tanto, en la obra de Marx, la dinámica *internacional* es ya parte integral de una realidad única, condicionada por fenómenos predominantemente económicos, derivados de la expansión del sistema de producción capitalista por el mundo. Para él, siguiendo la tradición de los socialistas franceses, el Estado no es ese ente casi místico que agrupa y organiza social y jurídicamente a una determinada población, la cual se reconoce como parte de una misma comunidad y una misma tradición político-social, como pensaba Hegel (Rohrmoser: 1964), sino una instancia de poder político mediante la cual las clases dominantes mantienen bajo control a las dominadas, generando una especie de conciencia común que oculta y minimiza las diferencias de clase, así como los mecanismos de explotación de los que se vale. Villanueva destaca ésta como una de las más importantes influencias del pensamiento marxista entre los pioneros de la disciplina que estudia, aunque de hecho, el propio Marx reconoce su deuda intelectual en este terreno con los socialistas franceses, en especial el Conde de Saint-Simon.

Después de la experiencia de la primavera de los pueblos en 1848, Marx no se ocupa ya preferentemente del análisis de las formas que utilizan los Estados para interaccionar entre sí, la guerra o la diplomacia, no porque los desconozca, sino porque desde su punto de vista, los procedimientos que éstos emplean para avanzar sus intereses de clase, incluso más allá de sus fronteras, y de este modo mantener bajo control a las clases oprimidas en todas las latitudes, se han vuelto mucho más relevantes. No hay pues en Marx un análisis sistemático de la proyección política del Estado hacia el exterior, al margen de los intereses de clase que lo mueven, ni un interés claramente definido en Relaciones Internacionales, porque su visión del escenario internacional es ya otra muy distinta: en él se está desdibujando la diferencia entre lo doméstico y lo internacional; ningún pensador socialista llegó tan lejos.

Adicionalmente, el escenario internacional que ve Marx es un espacio histórico, es decir, cambiante y por lo tanto, una de sus principales preocupaciones es comprender la dinámica del cambio, misma que finalmente atribuye a la manera cómo se organiza la sociedad para producir, ya que de otra forma no podría subsistir. Desde este punto de vista, se esfuerza por aportar una interpretación crítica del capitalismo, entendido más como un

constructo social histórico concreto (es decir, mutable) que como una expresión perenne de una forma esencialista de la naturaleza humana (Rupert, 2016:128). Gramsci recoge esta idea y desarrolla a partir de ella su noción de ‘bloque histórico’ que es fundamental para el desarrollo ulterior del pensamiento marxista. Marx concluye, a partir de sus observaciones, que los modos de producción reconocibles en la historia se han basado en la explotación del hombre por el hombre, pues propician el surgimiento de clases sociales antagónicas, que se definen por el lugar que ocupan en el proceso productivo y que, en consecuencia, el estudio de la dinámica del cambio debe tener prioridad en todo el espectro de la ciencia social. Para ello emplea el método dialéctico que incorpora a su enfoque como legado de la filosofía alemana, otra de sus principales fuentes de inspiración.

A partir de ello agrega, siguiendo el pensamiento de los socialistas franceses de principios del siglo XIX, que el motor del cambio histórico es la lucha de clases y no la lucha entre Estados. A partir de esta conclusión define su interés por comprender la forma como funciona el modo de producción capitalista y las contradicciones sociales que genera. Ve un capitalismo expansivo que convierte al escenario internacional en un campo de lucha entre propietarios de los medios de producción y desposeídos que no tienen otro recurso más que vender su fuerza de trabajo. Desde este punto de vista, no es tan difícil entender por qué no existe una teoría marxista autónoma de las relaciones internacionales orientada al estudio del comportamiento exterior de los Estados. Como atinadamente ha señalado Calduch:

Ante todo, porque la finalidad primordial de los trabajos de Marx y Engels es la de desentrañar las leyes y factores que dominan la evolución histórica de las sociedades y, sobre todo, de la sociedad capitalista; por tanto, por su propia finalidad ambos autores excluían el análisis de las relaciones internacionales como un fenómeno con autonomía científica. (Calduch, 1981: 544)

Marx, como hemos dicho, observa con atención el escenario internacional y reconoce las diversas formas de interacción que ocurren en él, pero posa sobre el mismo una mirada distinta a la de los analistas sociales de su tiempo. El nacionalismo era, en su época, una fuerza social incipiente que apenas empezaba a cobrar relevancia (en su vertiente política) después del movimiento revolucionario en Francia y del movimiento del romanticismo alemán (en su versión cultural). En algún punto entre el inicio de la década de los setentas del siglo XVIII y el principio de la década de los treinta del siglo XIX fue cobrando fuerza esa doctrina que privilegia la idea de un mundo plural, poblado por grupos distintos, con su propia cultura y su propia historia como alternativa al mundo de las monarquías universales. Un mundo ‘internacional’ que tiene su dinámica propia (Mazower, 2013: 24). Todavía en 1848, año de la primavera de los pueblos, Marx confía más en el desarrollo de la consciencia de clase entre los obreros, que en el sentimiento nacional como elemento que define las identidades tanto individuales como colectivas en el mundo. Entre los socialistas

hay ya un evidente predominio del sentimiento nacional.

Los teóricos clásicos de la tradición realista de RI, Carr, Morgenthau, por ejemplo, consideran que es una grave falla del pensamiento marxista desplazar del centro de atención a la política internacional en favor de una visión economicista de la realidad internacional. Como dice Linklater, “los marxistas subestimaron la importancia crucial del nacionalismo, del Estado y de la guerra, así como el significado del equilibrio del poder, el derecho internacional y la diplomacia para la estructura de la política mundial” (Linklater, 2005: 110). A pesar de su interés en la economía internacional, como atinadamente destaca Villanueva, los fabianos británicos nunca hicieron tal cosa. Lo que quiero destacar en este punto es básicamente que, desde mi perspectiva, la influencia directa de Marx entre los autores elegidos por Villanueva es probablemente más tenue de lo que él sugiere, mientras que las diferencias con el marxismo de Marx, como diría Aron, son más marcadas.

Incluso, ante la unificación nacional de Italia y de Alemania entre 1860-1870, Marx promueve la Asociación Internacional de Trabajadores o Primera Internacional a partir de 1864, con la esperanza de fomentar esa conciencia de clase entre el proletariado que pudiera llegar a confrontar al nacionalismo burgués. No maneja, por consiguiente, la perspectiva de Relaciones Internacionales entendida como interacción entre Estados nacionales, porque no representa un interés central para su obra, aunque claramente no la desconoce. Para los socialistas en general la solidaridad del movimiento obrero internacional es ciertamente una necesidad política, pero crecientemente atenuada por el sentimiento nacional. El asesinato del líder socialista Jean Jaures en 1914 marca el incuestionable triunfo del nacionalismo sobre la consciencia de clase.

Ya la frustrante experiencia de la Comuna de París a principios de la década de los setenta del siglo XIX pone de manifiesto para Marx las deficiencias organizativas de la clase obrera, que contrastan con la habilidad del Estado burgués para apoyar sus causas, incluso allende sus fronteras, de este modo explica por qué el ejército prusiano, que tenía sitiado al francés después de la batalla de Sedán, le permite el paso en su retirada, para ir a reprimir el movimiento obrero que había tomado el control de la capital imperial: a los ojos de la burguesía prusiana, la organización proletaria de la comuna es claramente una mayor amenaza que el estado francés. Marx sugiere entonces la necesidad de una organización obrera más eficiente y mejor coordinada, idea que recoge Lenin para la organización del partido comunista.

Ninguno de los autores señalados por Villanueva parece compartir esta perspectiva de análisis sobre el escenario internacional, aunque es claro que no la desconocen. Ellos ven una sociedad internacional configurada por Estados nacionales, mucho más consolidados de lo que estaban en la época de Marx, que operan bajo la guía de su interés nacional. Inspirados por un socialismo fabiano, reconocen las injusticias que genera del

desarrollo del capitalismo, es decir, comprenden perfectamente la dinámica del capital, más no se unen a la perspectiva de un cambio revolucionario radical para modificar la naturaleza del modo de producción capitalista; en todo caso aspiran, como he señalado, a humanizarlo y lograr una sociedad internacional más equilibrada, pero que sigue siendo estatal. Tampoco es claro que compartan la filosofía histórico-materialista y dialéctica del marxismo.

Ello pone claramente de manifiesto las importantes diferencias que separan a Marx y su concepción de la sociedad internacional y de su dinámica con respecto a quienes empezaron a hacer teoría de las relaciones internacionales en la etapa original. Nuevamente señala Calduch: “la obra de Marx y Engels arranca de una exposición de las leyes económicas que imperan en el sistema de producción capitalista para explicar, a partir de ellas, la propia dinámica de la sociedad en los diversos países y en sus relaciones mutuas y, en último extremo, la dinámica histórica del sistema mismo” (Calduch, 1981: 545). Los autores que analiza Villanueva entienden con claridad dicho enfoque e incorporan a su propia visión la variable económica aunque su interpretación parece un tanto distanciada de la visión marxista, si no en su diagnóstico, sí en cuanto a las soluciones que vislumbran.

Por otra parte, en la concepción marxista, la dinámica social se mueve a partir de la lucha de clases y en la época que le tocó vivir a Marx, hay un claro predominio de la clase burguesa, fincado en la apropiación de los medios de producción, el control de las fuerzas productivas de la sociedad y el control de la superestructura social a través de la imposición de sus principios y sus valores. Dado que la sociedad burguesa es eminentemente explotadora, Marx considera que hay que sustituir el modo de producción en que se basa por otro totalmente distinto, en el que se elimina la propiedad privada y se subordinan los derechos individuales a los colectivos (Marx y Engels, 2007 [1848]: 49) y, además, hay que hacerlo mediante una revolución proletaria internacional, tan violenta como sea necesario, ya que la clase dominante jamás cederá sus privilegios de manera voluntaria y no servirá de mucho erradicar el capitalismo en un solo estado nacional, éste tiene que ser eliminado a escala global, idea que recoge Trotsky en *la revolución permanente*.

Marx opina además que las instituciones religiosas son también instrumentos de poder que enajenan a las masas populares (Marx (1968) [1844]: 7). Todo ello conforma una doctrina social (el marxismo) que se vuelve anatema para todos los sectores conservadores de la sociedad burguesa (incluido el del sector proletario, que también tiene su parte conservadora). Y este es otro de los motivos importantes por los que la narrativa tradicional excluye al pensamiento marxista de su explicación sobre el origen y alcance de nuestra disciplina: lo considera meramente una ideología, y peor aún,

después del triunfo de la revolución bolchevique de 1917, la ideología de un enemigo empoderado que busca poner fin a los valores tradicionales de la sociedad occidental, judeo-cristiana que se ha aburguesado en su conjunto, para sustituirlo todo mediante lo que él considera un proyecto emancipador de la humanidad: la revolución proletaria. Esto llevó a que, en Occidente, el pensamiento marxista se asociara a la práctica de los estados supuestamente comunistas, autoritarios, represores y expansionistas del siglo XX, vistos como una amenaza inminente en contra de sus valores democráticos y liberales (Burchill, 2007: 64).

El desarrollo de la teoría de Relaciones Internacionales en la tradición occidental, según la narrativa tradicional, parte de una visión que, de facto, separa a la economía de la política y abandona o desconoce la tradición decimonónica de la economía política de Adam Smith y David Ricardo; otra fuente de inspiración del pensamiento marxista original. Ya para mediados del siglo XIX, bajo la influencia del positivismo, los economistas buscan promover el análisis científico de su objeto de estudio, separándolo del ámbito de la política, con el fin de optimizar los procesos productivos y el empleo de los recursos disponibles para ello.

El pensamiento marxista es contrario a esa separación, en él, economía y política conforman en realidad un solo y único objeto de estudio que debe ser explorado como tal. Las Relaciones Internacionales, según la narrativa tradicional, privilegian en sus inicios la parte de la política y no retoman una perspectiva económica integradora sino hasta la década de los setentas del siglo pasado bajo la forma de Economía Política Internacional. Probablemente la mayor influencia del marxismo que reciben los autores de los que nos habla Villanueva esté dada en este ámbito, ya que ninguno de ellos ignora o minimiza su importancia; todos ellos destacan la importancia de la economía para una mejor comprensión de los asuntos internacionales, tal como pone de manifiesto la obra en comento.

Desde la perspectiva del pensamiento marxista, la sociedad producida por el modo de producción capitalista es, como todas las sociedades del pasado, una estructura definida por la confrontación de las clases sociales que la integran y su órgano regulador, lejos de ser una autoridad imparcial que regula las relaciones sociales, es un instrumento de poder en favor de las clases dominantes. Otra variable que visibiliza el análisis de los pensadores elegidos por Villanueva para demostrar la influencia del marxismo. En cuanto a su proyección exterior, el estado burgués competirá con los que se muestren renuentes a aceptar las reglas del capitalismo internacional pero también podrá trabajar conjuntamente con quienes las aceptan para poder mantenerlas e impulsarlas, tal como se evidenció con la experiencia de la Comuna de París en 1871.

Más aún por su tendencia expansiva, el capitalismo tiende a ir borrando las diferencias socioculturales entre los distintos grupos nacionales que pueblan el planeta,

homogeneizándolos hasta donde resulte posible, a fin de facilitar el funcionamiento de una sociedad internacional de trasfondo capitalista, basada en el libre mercado, la democracia representativa y liberal, así como un individualismo exacerbado que fomenta el híper-consumo de bienes y servicios, incluso en detrimento de la naturaleza. Desde este punto de vista, en la sociedad capitalista, según Marx, no hay ya una separación radical entre los ámbitos ‘nacional’ e ‘internacional’ de la realidad social, misma que debe ser abordada como una totalidad integral. Aunque ninguno de los socialistas fabianos llega a ese punto en sus diagnósticos o en sus prescripciones sobre la realidad internacional, todos ellos tienen una clara consciencia del carácter expansivo del capitalismo y critican los mecanismos del imperialismo, otra prueba de la influencia de Marx en los orígenes de RI que Villanueva pone de manifiesto.

Después del triunfo de la revolución bolchevique de 1917, el marxismo adoptó el carácter de doctrina oficial del Estado soviético y la posibilidad del diálogo con el enfoque disciplinario de Relaciones Internacionales se dificultó aún más, prácticamente hasta el final de la Guerra Fría, dado que en ambos extremos de la línea divisoria, el pensamiento del adversario era concebido meramente como una ideología al servicio de intereses políticos y no como una propuesta realmente encaminada a la búsqueda del conocimiento de la realidad internacional. Como dice Morales en relación con el “marxismo” soviético: “El objetivo no era explicar la realidad internacional mediante la formulación de hipótesis y su posterior verificación empírica, como defendía el *mainstream* estadounidense, donde el cientifismo metodológico gozaba de un claro predominio. Por el contrario, en la ciencia soviética se asumía a priori la veracidad de los postulados marxistas-leninistas, los cuales no podían ser sujetos a refutación” (Morales, 2019: 142).

A partir del deshielo bipolar se ha despertado un interés creciente por comprender mejor la perspectiva del pensamiento marxista sobre el escenario internacional, así como la rica y enorme variedad de aspectos que se fueron incorporando a él después de la muerte de Marx. Tal como señalara Teschke en su oportunidad:

Hoy en día, después de la remoción de las ataduras intelectuales impuestas por la geopolítica de la bipolaridad y liberadas de la imposición doctrinaria de los partidos políticos, las relaciones internacionales interpretadas desde el marxismo se nos presentan como una vibrante y rica opción que genera algunos de los retos más desafiantes a las teorías del *mainstream* en Relaciones Internacionales y a la ciencia social en general (Teschke, 2008: 163).

Para concluir, debo señalar que, en cuanto a su contenido, la obra de Villanueva es muy buena e ilustrativa, está claramente escrita y debidamente documentada. Nos proporciona una visión nítida de lo que ocurre en las primeras fases de desarrollo de nuestra disciplina y dimensiona en toda su valía la aportación de esos pensadores que, de manera simplista

habían sido etiquetados meramente como ‘idealistas’, y peor aún, de manera injusta habían sido prácticamente ignorados.

En este sentido, es una obra altamente recomendable que vale la pena leer. Aunque no ofrece esa inmersión profunda en el pensamiento marxista que yo esperaba originalmente, sí deja notar con claridad el gran número de inquietudes que generaron en su momento las fecundas ideas de Marx en todo el espectro de las ciencias sociales en lo general y en Relaciones Internacionales en lo particular. Quizá su autor quiera comprometerse ahora con esa búsqueda acuciosa que le caracteriza a explorar en mayor detalle la perspectiva internacional del pensamiento marxista como tal para enriquecer más aún el perfil teórico de nuestra disciplina. ❀

Fuentes

- Aron, Raymond (2010) *El marxismo de Marx*, México Siglo XXI
- Burchill, Scott (2007) “Marxism” in *An introduction to International Relations: Australian perspectives*, (Devetak, Richard et al, eds.) pp. 64-74 Melbourne, Cambridge University Press.
- Calduch Cervera Rafael (1981) “Las Relaciones Internacionales en la obra de los dirigentes soviéticos: una reflexión teórica”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Vol. 2. Núm. 3. Julio-septiembre, pp. 543-597 Madrid.
- Hobsbawm, Eric (2010) *Cómo cambiar el mundo*, México, Paidós.
- Kubálková, V. and A. Cruickshank (2016) *Marxism-Leninism and theory of International Relations*, London, Routledge
- Linklater, Andrew (2005) “Marxism” in *Theories of International Relations* (Burchill, Scott et al, eds.) pp. 110-136, New York, Palgrave, MacMillan
- Maclean, John (1988) “Marxism and International Relations: a strange case of mutual neglect” in *Millennium: Journal of International Studies*, 17(2) pp. 295-319, SAGE.
- Marx, Karl y F. Engels (2007 [1848]) *Manifiesto Comunista*, Caracas, Monte Ávila.
- Marx, Karl (1968 [1844]) “Introducción para la crítica de la filosofía del derecho de Hegel” en G. W. F. Hegel, *Filosofía del Derecho*, Buenos Aires, Claridad.
- Mazower, Mark (2013) *Governing the world: the history of an idea*, London, Penguin.
- Mesa, Roberto (1980) *Teoría y práctica de las Relaciones Internacionales*. 2da ed. Madrid.
- Morales Hdez. J (2019) “Las Relaciones Internacionales en Rusia: desarrollo, enfoques y debates” en *Revista Española de Derecho Internacional Sección Estudios* Vol. 71/1, enero-junio 2019, pp. 139-162, Madrid.
- Rohrmoser, Günter (1964) “La teoría del Estado en Hegel y el problema de la libertad en la

sociedad contemporánea”, en *Boletín informativo del Seminario de Derecho Político*, Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado https://www.boe.es/biblioteca_juridica/anuarios_derecho/abrir_pdf.php?id=ANU-S-1964-20000300013

Rupert, Mark (2016) “Marxism” in *International Relations theory: discipline and diversity*, (Dunn, Tim, et al, eds.) pp. 127-144, U.K. Oxford University Press.

Teschke, Benno (2008) “Marxism” in *The Oxford Handbook of International Relations*, (Reus-Smit, Christian and Snidal, Duncan (eds.) pp. 163-187 New York, Oxford University Press.

Wittfogel, K. A. (1962). The Marxist View of China (Part 1). *The China Quarterly*, 11, 1–20 Cambridge University Press. <http://www.jstor.org/stable/651446>